

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

México en la Cultura (1949-1961)

Renovación literaria y testimonio crítico

Víctor Manuel Camposeco

PRÓLOGO DE FEDERICO CAMPBELL





Víctor Manuel Camposeco (Tapachula, 1943) es doctor en letras modernas por la Universidad Iberoamericana. En 1993 obtuvo el Premio Nacional de Crónica por su texto *Side Step. Crónica de un crimen colectivo*. Entre otras obras, publicó un ensayo en *Reconversión industrial y lucha sindical* (1989); la novela *Correo de Hiroshima* (1995); y el libro de relatos *Historias de volada* (2005). Ha publicado en *Letras Libres* y en la revista electrónica *Replicante*, entre otros medios. Ha sido profesor de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, del Instituto de Cultura de Morelos y de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Apéndice 3. Directorio de ejemplares revisados.	
Apuntes de investigación	336
Bibliothemerografía razonada	376
Índice onomástico	383
Índice de publicaciones	401

México en la Cultura

El suplemento literario es un añadido a una publicación periódica y suele aparecer una vez por semana, el domingo, generalmente. Se le reconoce por su título y su materia: el acontecer cultural y los artículos, comentarios, críticas, ensayos, cuentos o fragmentos de novela que van dando a conocer los escritores en formación y los consagrados. Se trata, pues, de un ejercicio de periodismo literario.

En esta concepción periodística entra *México en la Cultura*, inserto cada semana en el periódico *Novedades*, en un lapso que puede fecharse entre 1949 y 1961, bajo la dirección de un editor excepcional y carismático: Fernando Benítez, que dejó en las bibliotecas y la conciencia mexicanas una aproximación etnográfica ("ensayo reportaje", le llamaba) a *Los primeros mexicanos* y *Los indios de México*. En sus páginas aparecieron Alfonso Reyes y Octavio Paz y se dieron a conocer muchos nombres de jóvenes, promesas confirmadas, que firmaban como José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Carlos Valdés, Emmanuel Carballo, Salvador Reyes Nevares y Elena Poniatowska, y destacados críticos de las artes plásticas, de música, de literatura y de cine, como Francisco Pina, Emilio García Riera y José de la Colina. De hecho puede afirmarse sin vacilación que la crítica cinematográfica en México vio la luz en las páginas de *México en la Cultura* en una década en que, gracias en gran parte a la revista francesa *Cahiers du Cinéma*, se empezó a dar la categoría de "autor" al director de una narración fílmica. De esas páginas, que leyeron desde muy jóvenes y en las que destacaban

Manuel Michel, Emilio García Riera y José de la Colina, se valoró de otra manera la obra artística personal y se establecieron como críticos de cine más tarde Jorge Ayala Blanco, Leonardo García Tsao, Gustavo García y Andrés de Luna, que han representado diversas corrientes dentro del pensamiento crítico.

México en la Cultura entró en la década de 1950 como un núcleo de la inteligencia más brillante entre los intelectuales mexicanos. Un tanto en broma, un tanto en serio, se decían los mejores, y por encima de todas las cosas privilegiaban el talento. De ahí que con el paso del tiempo, y la comparecencia natural de los celos, el grupo de escritores empezara a verse desde afuera, por los otros, como un panal en el que se practicaban los elogios mutuos, se ninguneaba a autores en ciernes, y se ignoraba a novelistas de éxito como Luis Spota, autor de la muy célebre y leída *Casi el paraíso*; por todo ello se hacían acreedores a un mote sarcástico: La Mafia. Más que un sarcasmo alusivo a la criminalidad, la noción de mafia se entendía semejante a la organización siciliana por su modus operandi, por su mentalidad y su comportamiento, pero en un sentido figurado: irónico y burlón.

Jaime García Terrés y Carlos Fuentes, que acababa de dar a conocer su libro de cuentos *Los días enmascarados*, firmaban y a veces no firmaban columnas de comentarios como "Diálogo de sombras". Nunca como entonces, en los años, cincuenta, Carlos Fuentes volvió a tener tanta beligerancia intelectual y polémica.

Si en términos generales se acepta que el gran momento de *México en la Cultura* se dio en sus últimos cinco años, eso se debe en gran parte a la aparición de obras literarias trascendentales como *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz; *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *Varia invención*, de Juan José Arreola; *El libro vacío*, de Josefina Vicens, y *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. Fue una década floreciente, un lapso en el que, como se vio después, por lo menos estas seis obras significaron un hito en el catálogo de la literatura mexicana. Pero también hubo otro factor importante

en la vida del suplemento y en los inicios de esa década: el triunfo de la Revolución cubana a principios de 1959, hecha por jóvenes de alrededor de los 30 años de edad, intelectuales y guapos, que despertaron una gran simpatía y una gran esperanza en un mundo de apagados ideales. La existencia truncada en 1961 de *México en la Cultura* tuvo mucho que ver con esa afinidad política en un contexto internacional en el que se encontraban la mirada reprobatoria de Washington y los ojos juveniles, recién llegados, de Latinoamérica. La muy documentada y bien articulada tesis de Víctor Manuel Camposeco (Tapachula, 1943), contra lo que podría sugerir su título, se centra sobre todo en el nacimiento y el desarrollo de la crítica literaria mexicana durante los años cincuenta. Se demora en dilucidar el arte poética de los más destacados hombres de letras que en esos años animaban la vida literaria de la capital: Enrique González Casanova, José Luis Martínez y Emmanuel Carballo (jaliscienses los dos últimos, como Juan José Arreola, Juan Rulfo y Antonio Alatorre). Y justamente por eso, por darle mayor importancia a la literatura que a las artes plásticas, la música y el cine o el teatro, no es injusto afirmar que *México en la Cultura* era un suplemento más que nada literario. Sin embargo, aunque ocupaban un número menor de páginas, los encargados de las muy leídas secciones se distribuían el trabajo, y la reseña de teatro quedaba a cargo de Héctor Azar, mientras que la de artes plásticas aparecía firmada por Juan García Ponce, y la de música por Jomi García Ascot y Juan Vicente Melo. El diseño gráfico fue obra cada semana de un maestro y uno de sus discípulos: Miguel Prieto y Vicente Rojo, quienes, acaso sin saberlo, fundaban una escuela en ese campo de la plástica.

Pronto se fue viendo que un crítico no es un juez y por lo mismo no tiene por qué acopiar y presentar pruebas. Tampoco su oficio consiste en hacer justicia.

En el mundo literario suele contar mucho el afecto y el conocimiento personal que el crítico tenga del autor analizado. Porque así son las relaciones entre los escritores, como las de

cualquier otro gremio: las simpatías y las diferencias determinan la apreciación o el desdén de los otros. De ahí que la argumentación del crítico, como el ensayo literario, se proponga como la tesis sin pruebas. Y lo demás se encomienda al arte de la persuasión.

Durante 13 años y 665 números, *México en la Cultura* destacó como una empresa cultural viva y sin nadie enfrente que compitiera con ella. Pero, como todo acontecer social, no se engendró en el vacío. Mucho contó para su existencia el contexto político de la época, los años finales de la presidencia de Miguel Alemán. De hecho, el director de *Novedades*, en el que se alojaba *México en la Cultura*, era Ramón Beteta, secretario de Hacienda en el sexenio de 1946 a 1951 y muy identificado con la moral pública alemanista.

Ya desde entonces, acaso sin tenerlo muy consciente, el gobierno "institucional" de la Revolución guardaba una cierta consideración de la cultura, acaso por la impronta que José Vasconcelos dejó en la política de educación pública. El Estado cultural —en el sentido que le da Marc Fumaroli— se manifestaba, y pronto, en 1949, se creó el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). A partir de entonces ese Estado cultural ha tenido y sigue teniendo como protagonistas a expertos académicos, escritores, funcionarios culturales y periodistas literarios. Prácticamente todo acto público (el premio a un poeta, el funeral de otro) está siempre presidido por un funcionario de la cultura, no un intelectual o un artista. Y, por tanto, cuando se interrumpió la vida de *México en la Cultura* por razones que —según Víctor Manuel Camposeco— no fueron esclarecidas del todo, fue el propio Presidente de la República Adolfo López Mateos el que ordenó que desde el Estado se otorgara medio millón de pesos a la nueva publicación sustituta, *La Cultura en México*, inserta cada semana en la revista *Siempre!*, que dirigía José Pagés Llergo.

México en la Cultura giró en torno a la figura intelectual de Fernando Benítez, un *scout* (como se dice en beisbol), un buscador y descubridor de talentos, quien siempre incluyó en el

concepto de cultura el quehacer histórico social, las relaciones de poder, la política, el arte y el conocimiento científico como la mayor y más sublime realización de los seres humanos.

Federico Campbell

características lingüísticas, estructurales, estilísticas, temáticas e ideológicas, y valorar la creatividad de cada autor. Como un valor entendido entre el gremio, no se admite hacer, en el cuerpo de la crítica, un recuento de la historia que se relata en el libro, cuando es el caso; ni hacer afirmaciones que no se sustenten en el contenido de la obra. El concepto moderno de crítica literaria periodística es más amplio que la tradicional reseña crítica porque, si bien puede ser breve como ésta, es en rigor un ensayo literario y debe estar escrito con corrección. La especialidad demanda del crítico un sólido respaldo profesional, una amplia cultura y una ética incuestionable.

Con esta definición genérica de crítica literaria periodística, dejamos las reflexiones teóricas, con objeto de examinar luego, directamente, las de los críticos del suplemento. Ello se hará en la quinta parte, destinada a revisar el trabajo crítico en *México en la Cultura*. Valga adelantar que entre los críticos más importantes del suplemento: Francisco Zendejas, Edmundo Valadés, Salvador Reyes Nevares, Alí Chumacero, José Luis Martínez y Emmanuel Carballo, sólo los dos últimos tienen planteamientos teóricos, sistematizados, sobre su oficio. Todos, sin excepción, tienen necesariamente una estética propia y un método de trabajo, pero, hasta donde sabemos, sólo Martínez y Carballo lo han explicitado y publicado. Éste, en su libro *Ya nada es igual. Memorias (1929-1953)* (1994), y aquél, en *Problemas literarios* (1955).

El suplemento México en la Cultura

Liminar

Fernando Benítez celebró la navidad de 1948 sin trabajo, pero sin duda optimista de encontrarse en plena preparación del que sería el proyecto cultural más importante de su vida, aunque entonces aún no lo supiera. En mayo de ese año lo despidieron del periódico *El Nacional*,¹ después de su ingreso en 1936; de simple reportero, había llegado a director del diario en poco más de una década. No fueron bien las cosas aquel año de 1948: en febrero falleció repentinamente su mejor amigo, Héctor Pérez Martínez, entonces secretario de Gobernación, quien lo había nombrado director del periódico el año anterior.² Benítez

¹ El número 59 del suplemento cultural de *El Nacional*, *Revista Mexicana de Cultura*, fechado el 16 de mayo de 1948, se publicó con el crédito para Fernando Benítez como director del periódico; el domingo siguiente, 23 de mayo, ya aparece como director Guillermo Ibarra. Lo anterior significa que Benítez fue despedido entre el 17 y el 22 de mayo de 1948. En las diversas entrevistas a Fernando Benítez que hemos consultado, el propio Benítez no recuerda con precisión la fecha de su salida de *El Nacional*. El citado suplemento cultural lo fundó Fernando Benítez y su director fue, durante casi 15 años, el español republicano Juan Rejano.

² Cuando Fernando Benítez ingresó a *El Nacional*, en 1936, Héctor Pérez Martínez era subdirector del diario, del que llegaría a ser director; de allí salió para dedicarse a la política. A la llegada de Miguel Alemán a la Presidencia de la República, en 1946, Héctor Pérez Martínez fue nombrado secretario de Gobernación, hasta su muerte, en febrero de 1948. Por su parte, Fernando Benítez, antes de su nombramiento como director de *El Nacional*, en 1947, fue secretario particular de Pérez Martínez, y atendía también asuntos migratorios. Héctor Pérez Martínez fue periodista, escritor, gobernador de su natal Campeche,

perdió el empleo por un desaguisado con quien sustituyó a su amigo en la Secretaría, Ernesto Peralta Uruchurtu. Nadie podía desoír las sugerencias del encargado de la política interior; en realidad eran órdenes, pues se trataba de un diario del Estado. El secretario de Gobernación era jefe absoluto de *El Nacional*, el periódico "oficial". El nuevo secretario Uruchurtu era un funcionario de línea dura; pasaría a la historia como El Regente de Hierro, cuando se desempeñó como tal en la ciudad de México, de 1952 a 1966. Pero en 1948, Fernando Benítez, en sus treinta, recién nombrado director de *El Nacional*, cometió la imprudencia de no mantener en un puesto específico a un oscuro periodista que le enviaron de Gobernación, con instrucciones precisas de que debía permanecer en el puesto asignado desde la Secretaría. En realidad se trataba de un espía que reportaba a Uruchurtu todos los movimientos del director del diario. Benítez lo sabía, así que lo quitó de su puesto de observación. El tipo no tenía nada que reportar, después de todo. Muy pronto, mientras Fernando Benítez revisaba la primera plana del día siguiente, con su jefe de Redacción, Francisco Martínez de la Vega, timbró el teléfono: entró una llamada "por la red": era el secretario de Gobernación; según ha contado Benítez, el diálogo se desarrolló así, textualmente:

—Le ruego a usted restituir al reportero que estaba encargado de la fuente presidencial y la del PRI— le instruyó sin más el secretario de Gobernación.

—Licenciado —le respondió Fernando Benítez—, las fuentes son de exclusiva responsabilidad del director del periódico y este hombre que usted defiende no me merece la menor confianza...

—Pues si usted no obedece a un ruego, entonces obedecerá una orden...

—Señor licenciado —estalló Benítez—, vaya usted y chingue a su madre —y colgó el teléfono.

y era señalado como futuro candidato a la Presidencia de la República. Falleció a los 42 años de edad, de un infarto. Fue el padre de la escritora Silvia Molina.

Esa noche, a sabiendas de que el trabajo se había terminado, Benítez dejó sobre la mesa las planas que revisaba y se fue con Martínez de la Vega a tomar unos tragos.³ Habrán ido al bar Broadway, a unos pasos de allí, "para nosotros la continuación del periódico", recuerda Luis Cardoza y Aragón, compañero de ellos en el diario y en el bar, donde "el pago semanal se quedaba". "Cuando salí del periódico me fui con mis quinientos pesos de la semana, que decidí gastármelos esa misma noche, para comenzar al otro día absolutamente sin nada."⁴

Cardoza y Aragón recuerda así al Fernando Benítez de aquella época:

[Era] un joven rubio, muy calvo, con gruesos lentes de miope, de ojos verdeazules, elegante como señorito porfiriano, inundado de mancuernillas y corbatas por todas partes. Suele hablar con engolada voz, olvidándose que es un capullo de seda y a su mejor amigo le lanza de pronto un impropio para enseguida decirle "mi viejo cuate" o "mi hermanito" con dulzura sincera [...] Impertinente, generoso y cordial, amigo para toda la vida. Cuando es desazonado, se levanta sonriendo: "tienes razón hermanito". La bondad misma [...] Como pocos, nació dotado para la amistad acrisolada.⁵

A la mañana siguiente hubo gran revuelo en *El Nacional*: rodeado por una nube de reporteros y fotógrafos, llegó al periódico el secretario Uruchurtu a darle posesión al nuevo director del diario y tomarse unas fotos con él, que hasta el día anterior

³ Alejandro Olmos Cruz, "Fernando Benítez: la cultura en México (una experiencia de periodismo cultural)", tesis de licenciatura, México, UNAM, 1988, pp. 95-96.

⁴ *Ibid.*, p. 116.

⁵ *El Río. Novelas de caballería*, México, FCE, 1986, p. 553. Muchos años después, tras los sismos de 1985, mientras veía por la televisión los estragos del terremoto, Fernando Benítez reconoció, "con resignada melancolía", entre las llamas de lo que entonces era ya una tienda de departamentos, "nuestro increíble restorán 'El Broadway'; así se terminaban los diez años más intensos de mi vida", dijo, recordando sus años en *El Nacional* (Alejandro Olmos Cruz, *op. cit.*, pp. 124-125).

había sido “magistrado no sé en qué tribunal; por supuesto, no sabía ni una palabra de periodismo”, recordó Benítez.⁶

El Nacional se fundó en 1929 como órgano informativo del PNR, organismo antepasado en línea directa del PRI; entonces el diario se llamó *El Nacional Revolucionario*. Años después, Lázaro Cárdenas lo nacionalizó durante su gobierno, y ya como usufructuario del presupuesto, lo dejó sin el adjetivo y fue desde ese momento *El Nacional*; como lema se adoptó: “El diario al servicio de México”. Entonces, “México” quería decir: el gobierno del PRI.

Aunque no todo fue negativo con *El Nacional*, que desapareció en 1998: cuando Fernando Benítez fue despedido del periódico, entre otros suplementos, se publicaba uno cultural, bastante bueno para su época. Se llamaba *Revista Mexicana de Cultura* y era cuando menos el tercer intento por mantener un suplemento cultural. Con Luis Cardoza y Aragón había fundado en 1944 otro que se llamó igual al de la revista *Siempre! La Cultura en México*, que creó en 1962 y se publica hasta la fecha; aquel de *El Nacional* duró unos meses. Otro aspecto positivo del diario fue que reunió en las páginas de la *Revista Mexicana de Cultura* a muy buenas plumas: de la crítica cinematográfica y las notas sobre cine se ocupaba Efraín Huerta, y se publicaban ensayos, poesía, narrativa, crítica literaria y de artes. Colaboraban, entre otros, José Moreno Villa, Agustín Yáñez, Artemio de Valle-Arizpe, José Vasconcelos, Pablo González Casanova y el propio Cardoza y Aragón, que según su testimonio, escribía de todo lo que se necesitara: ensayos, notas, crítica, editoriales, etcétera; a menudo con seudónimo.⁷ El director del suplemento

⁶ *Ibid.*, p. 96. Al mes siguiente, en junio, Uruchurtu fue sustituido por Adolfo Ruiz Cortines en la Secretaría de Gobernación, quien cuatro años después fue designado presidente y Uruchurtu volvió a la Secretaría de Gobernación. De allí saldría como jefe del Departamento del Distrito Federal, hasta 1966. Entre las múltiples obras que hizo están el Viaducto Miguel Alemán, la calzada de Tlalpan y los mercados de La Lagunilla y La Merced; asimismo, entubó algunos ríos de la ciudad, como el Churubusco y el Becerra.

⁷ Según Cardoza y Aragón, el propio Benítez escribía a menudo con el seudónimo de Benito Fernández.

era Juan Rejano, el diseño artístico estaba a cargo de Miguel Prieto y las ilustraciones eran del Taller de Gráfica Popular que encabezaba Leopoldo Méndez. Además, *El Nacional* tenía a muchos de los mejores editorialistas de la época, que eran, por lo regular, simpatizantes del régimen. El peso editorial del diario era de consideración.

En cuanto a Fernando Benítez desempleado, al salir del periódico se llevó como su activo más valioso no los 500 pesos del salario semanal, que se habrá gastado en el Broadway, sino sus relaciones con los intelectuales y una idea precisa de lo que debía ser un suplemento cultural.

Gracias a la recomendación de un amigo, a fines de 1948, Fernando Benítez se entrevistó con Rómulo O'Farrill, el nuevo dueño del *Novedades*. El periódico estaba a punto de quebrar, administrado con apuros por la viuda de su fundador, Ignacio F. Herrerías, quien había sido asesinado a balazos cuatro años antes por uno de sus trabajadores, Florencio Zamarripa, durante un conflicto de huelga. Benítez fue dispuesto a proponerle a O'Farrill la fundación de un suplemento cultural.

Don Rómulo O'Farrill era un espléndido administrador, tenía agencias vendedoras de automóviles [...] era un hombre muy rico, del clan Jenkins, sólo que era completamente iletrado [...] no tenía la menor idea de lo que era un periódico, un libro o lo que significaba el arte [...] En aquel momento, el director de *Novedades* era el pobre de don Alejandro Quijano,⁸ que no tenía ni idea de lo que debía hacerse en el periódico.⁹

O'Farrill aceptó de inmediato la propuesta de Benítez. Unos meses después, el domingo 6 de febrero de 1949, apareció una nueva sección en el diario *Novedades*: un suplemento cultural

⁸ Alejandro Quijano nació en 1883, en Mazatlán, Sinaloa; distinguido académico y escritor, fue director de la Academia Mexicana de la Lengua de 1939 a 1957. Se mantuvo como director del *Novedades* desde 1946 hasta su muerte, ocurrida en 1957.

⁹ Alejandro Olmos Cruz, *op. cit.*, pp. 116-117.

que se llamaba *México en la Cultura*. Fernando Benítez no se imaginó que aquel nuevo suplemento le cambiaría la vida, lo convertiría en el líder del grupo intelectual más influyente que ha tenido nuestro país, La Mafia, ni mucho menos pudo imaginar que abriría una generosa avenida para la difusión de la cultura, gracias a la cual se enriqueció intelectualmente un amplio sector de nuestra sociedad. Los mejores escritores mexicanos de los años cincuenta encontrarían en *México en la Cultura* una plataforma de lanzamiento para la renovación de nuestra literatura,¹⁰ entre muchas otras cosas buenas que propició aquella publicación.

El primer número de México en la Cultura

Las siguientes páginas tienen el propósito de hacer una descripción general del primer número del suplemento y una breve relación de su contenido. También ofrecen información adicional, microscópica, en relación con las más de 5 500 páginas del periódico que componen la colección, que quizá colabore a tener una idea más amplia de los alcances que tuvo la publicación en los siguientes años, antes de la salida de Fernando Benítez y su equipo, en 1961.

Domingo 6 de febrero de 1949. El mundo católico, es decir, *todo* el mundo, casi sin aliento, espera lo peor en el juicio que el gobierno comunista húngaro le realiza al cardenal Jozsef Mindszenty: puede ser condenado a la horca, como lo pide el

¹⁰ La información biográfica sobre Fernando Benítez y la relativa al diario *El Nacional* de las páginas anteriores proviene de Luis Cardoza y Aragón, *op. cit.*, p. 579. Asimismo, de Luis Cardoza y Aragón y Alberto Enríquez Perea, *Tierra de belleza convulsiva*, México, El Nacional, 1992, pp. 23, 759 [primera edición, 1991]. La información sobre Héctor Pérez Martínez y Alejandro Quijano proviene de Humberto Musacchio, *Milenios de México*, t. II, México, Hoja Casa Editorial, 1993, 3 t., p. 2323. Los pormenores relativos a Fernando Benítez sobre su nombramiento como director y luego su cese en *El Nacional* son declaración del propio Benítez durante una entrevista que le concedió a Olmos Cruz, *op. cit.*, pp. 89-90, 95-96, 115-116.

fiscal. Es enemigo del régimen desde hace décadas y ha sido arrestado muchas veces, sin importar los diversos cargos que ha ocupado en la jerarquía católica. Ahora es cardenal y pueden mandarlo al patíbulo. “La siniestra comedia del juicio contra el Cardenal terminó en emotiva plegaria”, reza la noticia principal del periódico *Novedades* de ese día.

Novedades era entonces, y lo fue durante los años en que se publicó, un periódico muy leído por la entonces creciente clase media, que empezaba a emigrar a la nueva colonia Vértiz-Narvarte, “con la más moderna urbanización”, prometían los anuncios. El *Novedades* también era lectura de la siempre próspera clase alta, que aquellos años estrenaba casa y fraccionamiento en las Lomas de Chapultepec y en Jardines del Pedregal; por 12 pesos se podía comprar un metro cuadrado de terreno y el lote se podía pagar en 100 mensualidades. Un dólar costaba 6.89 pesos. Las clases populares leían *La Prensa*, que durante muchos años tuvo fama en el medio periodístico de ser el diario de mayor tiraje, sin que la cifra real se haya conocido nunca.¹¹ Los intelectuales y los lectores más informados leían el *Excelsior*, del que también se decía que “era el de mayor circulación”;¹² *El Nacional* era lectura obligada de políticos, burócratas y de un sector de la intelectualidad. Los demás, que no eran pocos, leían *El Universal*. En 1949 se vivían los mejores días del sexenio del presidente Alemán y había mucho dinero para pocos y poco para muchos, pero todos parecían tener suficiente para ir aquel domingo de 1949 a ver *Allá en el Rancho Grande* (1948), de Fernando de Fuentes; con todo y *El Charro Cantor*, Jorge Negrete, esta versión no fue ni la sombra de su arrollador éxito de 1936. Tres pesos la entrada. Aquella tarde del 6 de febrero de 1949, en la flamante Plaza México, hicieron el paseíllo *Armillita* y Antonio Velásquez para lidiar toros de

¹¹ El tiraje real de los periódicos en México casi nunca se da a conocer, salvo cuando se usa para hacer gala de volúmenes que ningún otro alcanza.

¹² Lo aseguró Fernando Benítez en una entrevista concedida a fines de 1981. Véase Julia de la Fuente *et al.*, “Índice, del suplemento *México en la Cultura* y estudio preliminar”, tesis de licenciatura, México, UIA, 1985, p. 164.

Piedras Negras; el tendido de sombra, donde acaso estuvo Agustín Lara, costaba cinco pesos; el pueblo pagaba tres pesos, en sol. La clase culta vio esa noche en Bellas Artes al Ballet Russe y a la *prima ballerina* cubana Alicia Alonso. "Niños medio precio." Los lectores interesados en las noticias de la alta sociedad capitalina se enteraron, gracias a la más popular fuente de información sobre el tema: "Ensalada Popoff", que cada domingo publicaba Agustín Barrios Gómez, que "la Totita Creel Algara le dijo: no, a un *boshito*"; y que "la Coquis Gamboa de Rabasa teje ropita para su futuro primogénito".

Allí, junto a "Ensalada Popoff", en la página 6 de la tercera sección del periódico, la cabeza anuncia: "Cultura". El tratamiento que recibe la "cultura" en esa sección que, inexplicablemente, se publicó por algunas ocasiones más, no obstante que el diario ya tenía un suplemento cultural, es característico no sólo de la época, sino también del criterio moralista y la ineptitud profesional que prevalecía en el periodismo cultural, y en el caso de *Novedades*, para la crítica literaria. Veamos: en dicha página dedicada a la "cultura", aparece una columna titulada "Los libros y usted", sin firma, que hace, digamos, crítica literaria. Dice el columnista, a propósito del autor y la obra que reseña: "El escabroso tema erótico es tratado con sentido lírico (...) aborda la angustia de la sexualidad sin enturbiar las aguas de un fondo que es tan propicio para enlodarlo (...) es la historia de un adolescente que siente despertar *ese imperativo natural*". Las cursivas son nuestras. El anónimo articulista, tan cuidadoso en el tratamiento del "escabroso tema erótico" en la literatura, se refiere a la recién publicada novela de Efrén Hernández, *La paloma, el sótano y la torre* (1949).

Fernando Benítez acaso leyó aquello con una resignada sonrisa, y confirmó que, efectivamente, en el país hacía falta un suplemento cultural y una crítica literaria hecha por profesionales. Aquel domingo, 6 de febrero de 1949, en la página siguiente al comentario sobre la novela de Efrén Hernández, apareció el primer número de *México en la Cultura*. Sin directorio, como siempre se publicó, aparece, en la primera página del nuevo

suplemento, entre la cabeza y la nota principal, en el nivel destinado a la fecha y el número, la siguiente leyenda: "Suplemento a cargo de Fernando Benítez y Miguel Prieto". El editorial, en la página 3, dice:

NOVEDADES —con la colaboración de los más grandes artistas, hombres de ciencia y periodistas de México—, presenta hoy su nuevo suplemento. Este nuevo esfuerzo permitirá a nuestro diario igualar, con una característica propia y un espíritu esencialmente mexicano, lo que en este aspecto de la prensa moderna más prestigiada del mundo, es ya un servicio insustituible.

Hasta hoy, la casi totalidad de nuestros suplementos eran simples devaneos donde iban a verterse los desechos de los diarios. NOVEDADES ha superado esta deficiencia y abre una nueva perspectiva. Aspira, en primer término, a convertirse en un resonador de la cultura nacional. Estamos viviendo una época de extraordinaria importancia en la creación espiritual, pero ni dentro ni fuera de nuestras fronteras se sabe de lo que México realiza, por ejemplo, en física, en medicina, en pintura o en literatura. No existe publicación alguna que recoja en forma periodística las ricas y variadas manifestaciones de la cultura mexicana. Nuestra idea consiste en ofrecer al lector una amplia información sobre lo que se está haciendo en artes plásticas, teatro, música, ciencia, filosofía, literatura y cine. Las investigaciones que se llevan a cabo en institutos, laboratorios, universidades y sociedades científicas, la labor de las orquestas sinfónicas y las agrupaciones musicales, la ejecución de los conciertos, las exposiciones de pintura y las actividades de las galerías de arte, serán expuestos por eminentes técnicos del periodismo especializado. En materia de letras, el suplemento de NOVEDADES, no sólo ofrecerá reseñas que describan el contenido de los últimos libros, sino que presentará notas de nuestras mejores publicaciones y un resumen de todo aquel suceso que caiga en el dominio de la literatura o de las actividades editoriales. En modo alguno se excluyen de estos panoramas de conjunto la personalidad del artista o del científico. Una serie de entrevistas

y de análisis nos permitirá seguir las corrientes fundamentales que dan vida a nuestra evolución cultural.

En otro aspecto, el suplemento ofrecerá regularmente el ensayo, el cuento, el poema, el fragmento de novela de los escritores ya consagrados y de los que luchan por tener un nombre en las letras. No será en modo alguno la expresión de un grupo. La puerta se abre para todos porque la cultura en México reclama ante todo generosidad y comprensión, libertad y oportunidades. Los periodistas, a través de crónicas y de reportajes, se encargarán de darle al lector la visión cabal de problemas y de aspectos del diario acontecer que posean un interés permanente. De esta manera, con el auxilio de los mejores, trataremos de constituir un enlace fecundo entre las altas manifestaciones del espíritu y el pueblo. Creemos que el noble propósito de satisfacer los afanes y el deseo de belleza connaturales al mexicano, sólo se logra con el aprovechamiento irrestricto de sus hombres de excepción.

Pensamos también que nuestra cultura no se defiende con el aislamiento. Las más relevantes manifestaciones de la cultura en el extranjero tendrán un eco en el suplemento de NOVEDADES. El ballet, la obra teatral, el libro sobresaliente, el artículo excepcional, serán objeto de traducciones y de constantes comentarios.

La forma, es decir, la presentación gráfica del suplemento, tiene una ceñida relación con su contenido. Se ha confiado a los técnicos y a los dibujantes más ilustres de México su formato y sus ilustraciones. Es este primer número un planteo de posibilidades, pues la imagen definitiva de una publicación, el mejoramiento de sus servicios, se logra sólo después de haberse vencido los obstáculos iniciales a que se enfrenta una empresa editorial animada por este ambicioso espíritu.

Abrimos una ventana al paisaje entrañable de México, al de su cultura que es en nuestros días conturbados, un motivo de orgullo y una lección de callado heroísmo. Lo mexicano con trascendencia universal y lo universal que fecunde lo mexicano podría servir como un lema.

Las ideas, las artes y las ciencias, puestas al alcance de todos.

Instruir deleitando es así mismo una de las finalidades, y no la menor, de la prensa moderna.

El editorial permite conocer varias ideas, propuestas y compromisos con los lectores y con México, que llaman la atención. Destaca, sobre todo, proponer una visión del arte y la ciencia a la vez nacionalista pero insertada en la universalidad, que la distingue notablemente de las corrientes que todavía entonces no veían en el arte nada más allá de nuestras fronteras culturales y sus presupuestos estéticos. Como icono omnipresente, orientador de casi todo, la Revolución mexicana. La posición ideológica de Fernando Benítez y su suplemento significa un cambio dramático: permite suponer que Benítez percibía que ya había sectores de la sociedad, intelectuales sobre todo, que requerían un espacio de expresión más amplio. Es notable también que sabía del vacío cultural en nuestra prensa diaria, que en "la prensa moderna más prestigiada del mundo, es ya un servicio insustituible", dice en el editorial; observación que por igual es un diagnóstico y una crítica. Por lo que hace a la literatura, se advierte un interés mayor que por las demás artes, aunque no destaca entonces la preocupación por una crítica literaria profesionalizada; no obstante, surgiría tiempo después con la dinámica propia que generó el suplemento y devino una de sus mayores fortalezas. Por lo pronto, ofrecía Benítez que el suplemento "no será la expresión de un grupo" y que la "puerta se abre para todos". No podía ser de otro modo en sus inicios, aunque en el futuro sería exactamente al revés. Por lo demás, es claramente visionaria la creación de un suplemento para difundir la cultura en un momento en que, se queja Benítez, algunos todavía confundían el arte con "devaneos". Ecos horacianos hay en sus últimas líneas que prometen "instruir deleitando".

El suplemento se publicó desde el primer número en el mismo tamaño del periódico, aproximadamente 42 x 57 centímetros, conocido coloquialmente como "grande" o "sábana", con

ocho páginas;¹³ a partir de 1956, después de la muerte de Miguel Prieto, el tamaño se redujo a 38 x 58 y llegó a 12 páginas. El cintillo superior anuncia el contenido del suplemento: "literatura-arte-música-teatro-ballet-ciencias-libros-cine-reportaje-historia-filosofía-noticias-crónicas-humorismo". El nombre del diario encabeza la plana y en la siguiente línea, justo debajo, aparece: *México en la Cultura*.

La diagramación de la página es un mensaje en sí mismo: nos dice cuál era la visión política y cultural de Fernando Benítez y qué prometía el editorial. El artículo de portada lo colocó Miguel Prieto en toda la base de la página, con el título, también a toda plana: "El alcance histórico de la Constitución de 1857 y 1917", de Salvador Azuela, ilustrado con dos grabados del Taller de Gráfica Popular; uno, en el centro de la página, reproduce a Venustiano Carranza sosteniendo entre sus manos los pliegos de la Constitución de 1917, y otro, compartiendo parte de la base con el texto de Azuela, a los hermanos Serdán durante el combate, desde el interior de su casa, con las tropas federales.¹⁴ La nota cultural más importante, también publicada en la primera plana, se dedicó a T.S. Eliot, que el otoño anterior había recibido el Premio Nobel; el texto lo escribió Antonio Castro Leal. Completan la plana un ensayo del entonces director de la Real Academia Española, Ramón Menéndez Pidal, sobre los viejos romances épicos, y un listado de los escritores de lengua inglesa premiados hasta entonces con el Nobel.¹⁵ El

¹³ Llegó a tener hasta 24 páginas el número 500, por ejemplo; a menudo la última se publicaba totalmente llena de anuncios de librerías y editoriales. Anuncios comerciales de otro tipo solían también publicarse en las páginas interiores. Durante breves temporadas se publicaron sólo seis páginas.

¹⁴ En 1959, Fernando Benítez publicó su novela histórica *El rey viejo*, basada en el asesinato de Carranza, a manos de su propia guardia, en Tlaxcalantongo. Mantuvo toda la vida su simpatía con ciertos logros y compromisos de la Revolución mexicana y fue notable su admiración por Lázaro Cárdenas y su afinidad con el cardenismo. Publicó *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana* (1977) y *Entrevistas con un solo tema: Lázaro Cárdenas* (1979).

¹⁵ Con una imprecisión: aparece como premiado en 1921 Thomas Hardy, quien nunca fue galardonado con el Nobel. Aquel año lo recibió Anatole France.

mensaje visual es perfecto, como el del contenido: el suplemento encuentra su arraigo político y cultural en el México constitucionalista y en el arte mexicano contemporáneo; el contenido da cuenta de su natural vínculo con la tradición literaria española y el interés por la literatura universal.

El equipo editorial que Fernando Benítez llevó a *Novedades* estuvo reforzado desde el primer momento con algunos de los más notables republicanos españoles: “nos dieron una base de partida muy importante”, declararía Benítez años después.¹⁶ Además de su director artístico Miguel Prieto y, unos cuantos meses después, su ayudante Vicente Rojo, entre los colaboradores republicanos hay que mencionar a José Moreno Villa, Ceferino Palencia, Francisco Pina y Adolfo Salazar, que se encargaron de las artes plásticas los dos primeros, y de cine y música los dos últimos. Pronto se integrarían como colaboradores habituales los también republicanos Max Aub, León Felipe y años después Emilio García Riera, José de la Colina y Jomi García Ascot, quienes desde las páginas del suplemento renovaron la crítica de cine en México.

Al grupo de escritores mexicanos los encabezaba, por reconocimiento general, Alfonso Reyes, de quien dice Emmanuel Carballo, “era el patriarca; leía el suplemento dos días antes de su publicación”.¹⁷ Alfonso Reyes escribió: “De tarde, y hasta la media noche, viene Fernando Benítez que me hace leerle muchos inéditos, y me trae el suplemento literario de *Novedades*, precioso, sobre Grecia, del próximo 27 de febrero con mi *Presentación de Grecia* y mi fragmento homérico”.¹⁸ Es claro que Fernando Benítez se interesó mucho en tener a don Alfonso

Castro Leal, en el cuerpo de su artículo sobre T.S. Eliot, se extraña de que con tan escasa obra sea merecedor del Nobel; “representa a las minorías”, dice.

¹⁶ Julia de la Fuente *et al.*, *op. cit.*, p. 148.

¹⁷ Durante la entrevista concedida a quien esto escribe, el 19 de abril de 2005.

¹⁸ La anotación de Reyes aparece en el vol. 10, ff. 180-186, de sus notas personales, fechada el 24 de febrero de 1949, que cita Ernesto Mejía Sánchez, compilador de sus obras, en el estudio preliminar del tomo XIX de las *Obras completas* (México, FCE, 1982, p. 11 [primera edición, 1968]).

como colaborador, a quien le ofreció “cien mil lectores semanales”.¹⁹ Don Alfonso fue constante colaborador desde el número 2 hasta su muerte, en diciembre de 1959, y fue siempre una pieza clave para el suplemento.²⁰ Ya entrados los años cincuenta, la publicación alcanzó, y quizá superó, el tiraje que Benítez le ofreció a don Alfonso. Época en que, en las páginas de *México en la Cultura*, se publicaba la crítica literaria más calificada en décadas; se establecía el rumbo de la cultura y las artes en México; se hacía la mejor crítica teatral,²¹ de artes plásticas²² y de cine;²³ y, por supuesto, se publicaban adelantos de las obras que estaban transformando las letras mexicanas.

¹⁹ Julia de la Fuente *et al.*, *op. cit.*, p. 150.

²⁰ El primer texto que publicó en *México en la Cultura* fue “Criaturas de amor”, texto sobre la moda y las costumbres del siglo XIX (núm. 2, México, 13 de febrero de 1949, p. 1). Don Alfonso falleció el domingo 27 de diciembre de 1959; justo el domingo siguiente, en el número 564, fechado el 3 de enero de 1960, se publicó el texto “Cuando creí morir”, que escribió en 1944, luego de su primer infarto. Una manera muy literaria de Fernando Benítez de hacer que don Alfonso se despidiera, y de decir a los lectores que en realidad don Alfonso no murió.

²¹ A cargo, durante años, de Miguel Guardia y Armando de María y Campos y, después, de Fausto Castillo; a menudo Rodolfo Usigli publicaba textos críticos y fragmentos de sus obras o algunas completas en un acto.

²² Además de los mencionados, el 29 de noviembre de 1953 se incorporó al suplemento Raquel Tibol con una entrevista a Luis Buñuel; de inmediato se ganó un lugar estelar en el suplemento, hasta que en 1958 salió porque Benítez no le permitió publicar una réplica a José Luis Cuevas, quien la acusó en las páginas del suplemento de ser “vocera del Partido Comunista”. Cuevas fue otra de las grandes estrellas del suplemento, que allí se inició como escritor en 1956, a los 22 años de edad, con el texto hoy conocido como “La cortina de nopal”, en el cual rompe con la escuela muralista mexicana y en consecuencia con Rivera y Siqueiros. El artículo de Cuevas desató una acalorada discusión sobre el arte mexicano. De entonces proviene la frase de Siqueiros: “No hay más camino que el nuestro”; Tibol sería una de las más importantes cronistas del rompimiento y el debate. El testimonio de Tibol está en la entrevista que le concedió a Humberto Musacchio el 16 de noviembre de 2004, distribuida por Radio UNAM en CD. A fines de los cincuenta, también Juan García Ponce hizo crítica de arte, entre otros.

²³ En los primeros números, más que crítica, se publicaron notas sobre la industria editorial, a cargo de Manuel Ángel Bayardi; la crítica propiamente dicha la empezó a hacer Manuel Michel, ya entrados los años cincuenta; a fines de la década llegarían los españoles mencionados.

Por lo que hace al primer número, que deba destacarse, está la publicación de Carlos Pellicer de sus cinco sonetos "Tbdo un día", en la página 3, que con otros poemas conformarían su libro *Práctica de vuelo* (1956); José Moreno Villa inició su columna "Cuadros y estilos", que publicaría hasta su muerte, en 1955; y también la suya Enrique González Casanova, "Autores y libros", dedicada a noticias y comentarios del ambiente cultural y editorial.²⁴ Publicaron en aquel primer número textos sobre filosofía Leopoldo Zea²⁵ y Emilio Uranga, quienes serían asiduos colaboradores. Se publicó un cuento de corte indigenista de Juan de la Cabada y una media docena de textos ensayísticos y reseñas bibliográficas sin firma. En cuanto a la crítica literaria, el tema se desarrollará más adelante.

La estructura editorial, básica, del suplemento la conformaron el artículo de portada, las noticias, los ensayos, las columnas fijas, las reseñas bibliográficas, las ilustraciones, la poesía, los adelantos de obras, las obras de teatro —generalmente en un acto—, el relato, las entrevistas y la crítica de artes. De fundamental importancia fueron las entrevistas, los adelantos de novelas, el cuento, la poesía y la crítica de artes. Si bien en este trabajo nos enfocamos a la crítica literaria, por su alta calidad merecen destacarse la teatral, la de artes plásticas y la de cine. En diferentes momentos se intentó agregar otros temas como la arquitectura, la medicina, el derecho, la literatura infantil y hasta la moda. Recordemos que Benítez dirigió el suplemento durante casi 13 años, durante los cuales fue necesario hacer ajustes editoriales.

El artículo de portada era a menudo alguna noticia del medio cultural, fue muchas veces una entrevista de particular importancia, excepcionalmente una denuncia y comúnmente un ensayo. En el número inicial fue un ensayo de claros tintes

²⁴ Publicada hasta su salida del diario, en diciembre de 1961.

²⁵ Leopoldo Zea, como Gastón García Cantú, José Iturriaga y otros, también se encargaría ocasionalmente de la dirección del suplemento durante algunas ausencias de Fernando Benítez, con el correspondiente crédito en los números del caso.

políticos, caso poco frecuente pues en rigor fue una forma de editorializar. No así la denuncia de Álvaro Carrillo Gil en varios artículos de 1959 y 1960, por ejemplo, en los que acusó al cónsul estadounidense en Yucatán Edward Thompson, quien a fines del siglo XIX se robó piezas arqueológicas del cenote de Chichen Itzá que entonces se exhibían en el Museo Peabody de la Universidad de Harvard. Gracias a la denuncia y la presión diplomática que se creó desde las páginas del suplemento, algunas de las piezas que se robó Thomson fueron devueltas a México y Carrillo Gil lo celebró en un artículo que Benítez tituló: "Un nuevo triunfo de *México en la Cultura*".²⁶ Otro caso célebre de primera plana lo provocó la publicación en abril de 1958 de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, novela largamente anunciada y esperada con atención: Benítez la recibió en primera plana, con una crítica de Elena Garro que descalificaba la obra y otra de Luis Cardoza y Aragón que la elogiaba.²⁷

Entre las columnas que por más tiempo se publicaron y quizá por ello puedan considerarse de las más importantes, fueron la de José Moreno Villa, dedicada a la plástica. Titulada "Cuadros y estilos", se publicó desde el primer número y hasta la muerte de su autor, en 1955. Asimismo, Henrique González Casanova escribió "Autores y libros" sin interrupción durante los casi 13 años que Benítez dirigió el suplemento; llama la atención que lo haya hecho casi todo el tiempo sin firmar su colaboración; excepcionalmente aparecían sus iniciales; firmó con su nombre completo la última colaboración, en el número 665, el 10 de diciembre de 1961. Lya Kostakowsky, esposa de Luis Cardoza y Aragón, publicó durante varios años, sin firma, su columna "El mundo"; quizá también sea la autora de otra columna anterior titulada "Personas y lugares", que igualmente se publicó sin firma. Las columnas tanto de González Casanova como de

²⁶ Núm. 572, México, 24 de febrero de 1960, p. 1.

²⁷ Núm. 478, México, 11 de mayo de 1958, p. 1; de título casi amarillista: "El pro y el contra de una escandalosa novela".

Kostakowsky se dedicaban a dar noticias y hacer comentarios del ambiente cultural y editorial; ella en el plano internacional y González Casanova en el nacional. El suplemento dedicó páginas completas a secciones de arquitectura, ciencia, literatura infantil y hasta modas, que fueron desapareciendo poco a poco conforme llegaron los anuncios comerciales; entre ellos destacan los de editoriales, librerías, enciclopedias, nuevas ediciones y reediciones, que con frecuencia abigarraban una página completa; como también se anunciaban, entre otros, aerolíneas, restaurantes y hasta nuevos fraccionamientos, como Jardines del Pedregal.

Memorables son las colaboraciones de Emilio García Riera, en su columna "El cine al día"; aunque en general lo son también las de Manuel Michel, José de la Colina y Jomi García Ascot. La crítica que ellos hicieron cambió la forma de ver cine en México; como pocos, reconocieron el genio de Luis Buñuel, para quien en 1950, Jorge Negrete, entre otros, pidió la expulsión del país porque su película *Los olvidados* era denigrante para México.²⁸ Desde las páginas de *México en la Cultura* difundieron entre nosotros la obra de directores como Truffaut, Godard y en general el cine de autor y la nueva ola francesa.

Por periodos breves se publicaron otras columnas, como la efímera "El coyote", sin firma y escrita en un tono a veces pedestre, o "Diálogo de sombras", que duró más tiempo, escrita con corrección pero en un tono muy crítico, en la que se trataban temas de política, que firmaban indistintamente con sus iniciales o sus nombres Jaime García Terrés y Carlos Fuentes.

En el terreno de los artículos, es extraordinario el de Raúl Anguiano, quien narra su "Expedición a Bonampak", entonces una selva casi impenetrable; el texto completo se publicó por entregas durante julio y agosto de 1950;²⁹ se trata de una

²⁸ Antes de la llegada de los referidos críticos, quizás el primero en defender a Buñuel en las páginas del suplemento fue Octavio Paz, en su texto "El poeta Buñuel", publicado el 3 de junio de 1951, p. 3.

²⁹ Después fue publicado en forma de libro por la UNAM; para fines prácticos, es un texto inédito.

aventura ante la cual Indiana Jones es un esperpento, sin exagerar. Es igualmente notable la autobiografía de Francisco Goitia, contada semanas antes de morir a Rubén Anaya Sarmiento, y que se ha quedado sepultada en las páginas del suplemento.

Acaso el único "jalón de orejas" que ha recibido en un periódico José Emilio Pacheco se lo propinó Max Aub en un artículo de septiembre de 1961, titulado "Advertencia a un joven crítico". Aub le reprende por una elogiosa crítica a la novela *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, a quien, evidentemente, Aub detestaba y cuya obra despreciaba:

Uno de nuestros más jóvenes, mejores críticos doblado de excelente poeta escribe en tribuna de resonancia (1), una larga nota dedicada a *La Gloria de Don Ramiro*, nombradísima novela del recién fallecido Enrique Larreta, que en ese libro asentó su nombradía casi universal [...] No, José Emilio Pacheco, no. Bien está lo que estuvo regular, pero, en este caso, muy en su tiempo, y por poco. *La Gloria de Don Ramiro* es un melodrama en el que se mezclan las sombras de los mayores éxitos de venta franceses de la época, escrita en correcto arcaico para mayor diversión de señoritos de casino y reaccionarios de nacimiento [...] Larreta, simulador aficionado, por no emplear lo de diletante a lo que su dinero le daba derecho, bien tejido su estilo con hilos diferentes, mezclando lo falso con lo imaginario, jugando a dos manos con cartas marcadas, pura estratagema, escritor fingido [...] Rodríguez Larreta es un escritor contrahecho, literatura usurpada [...] Sólo la muerte ha devuelto cierta actualidad a Larreta [...] No escribo estas líneas por Larreta, el diablo se lo llevó, sino por usted a quien tengo en tanto. A los veinte años no se puede estar, no se está nunca, al cabo de la calle. No le falta solamente tiempo [...] Sabemos, ahora, que corriendo más aprisa sí amanece más temprano. Ahora bien, con la edad se descubre que la prisa es mala para todo. José Emilio Pacheco es demasiado joven para dictaminar sobre cuanto le salga por delante; se tiene que apoyar evidentemente en juicios anteriores y ajenos —usted que lo tiene tan claro. Cuando más

despacio vaya, más rápido llegará a su meta, que le deseo y será gloriosa.³⁰

(1) *Revista de la Universidad de México*. Agosto de 1961.

Junto al artículo de Max Aub se publicó una sutil pero contundente respuesta: una breve carta de Paul Valéry dirigida nada menos que a la Academia Sueca, en la que el poeta francés reconoce el talento de Larreta, los merecimientos de *La gloria de don Ramiro* —que tanto irritó a Max Aub—, y los de su autor Enrique Larreta, dice Valéry, para ser laureado con el Premio Nobel; la traducción de la carta la hizo, justamente, José Emilio Pacheco. Cuatro semanas después, en el número 657 del 15 de octubre de 1961, página 2, Pacheco se ocupó de una novela de Max Aub, *La calle de Valverde*, sin el menor indicio de resentimiento; lo que en sí mismo fue un impecable mensaje. Tal vez la única entrevista que José Emilio Pacheco le hizo a Juan Rulfo, que no se ha vuelto a publicar hasta donde sabemos, está en las páginas del suplemento; como también está allí quizá la única que él ha concedido en su vida, en este caso a Emmanuel Carballo, quien tampoco la ha vuelto a publicar. “Pacheco posee amplia inventiva, crecidos dones naturales para la prosa”, dijo desde entonces Carballo del joven a quien llamó “el benjamín de los escritores”; Pacheco dijo durante la entrevista lo que a todas luces ha cumplido a cabalidad: “Mi proyecto es uno solo: ser, en contra de todos los obstáculos, fiel a mi vocación”.³¹

En este sentido, también es recordable que el primer texto que escribió en nuestro país Gabriel García Márquez se publicó en *México en la Cultura* el 9 de julio de 1961, en el número 643, página 10. Se tituló “Un hombre ha muerto de muerte natural” y se escribió a propósito de la sorpresiva muerte de

³⁰ Núm. 653, México, 17 de septiembre de 1961, pp. 3-4. A principios de 2005, José Emilio Pacheco recibió el doctorado honoris causa de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos; después de la ceremonia lo saludé y le recordé aquella “regañada”; entre carcajadas la recordó y me dijo: “Tenía razón Aub, es que escribíamos tan mal...”

³¹ Núm. 524, México, 29 de mayo de 1959, p. 2.

Hemingway, ocurrida justo el domingo anterior, curiosamente, el mismo día en que llegó a México García Márquez. Aunque pasarían años antes de que se admitieran las verdaderas razones de su muerte, las circunstancias en que murió despertaron sospechas en el olfato de periodista del futuro autor de *Cien años de soledad*:

Fue hallado muerto en su habitación con la cabeza destrozada por una bala de escopeta de matar tigres. A favor de la hipótesis del suicidio hay un argumento técnico: su experiencia en el manejo de las armas de fuego descarta la posibilidad de un accidente. En contra, hay sólo un argumento literario: Hemingway no parecía pertenecer a la raza de los hombres que se suicidan.

Dicho número del suplemento, 643, estuvo dedicado al escritor estadounidense, con colaboraciones, entre otros, de José de la Colina, Max Aub, Jaime García Terrés, viñetas de Elvira Gascón y fotos de Héctor García. Ella y Alberto Beltrán, como dibujantes, y Héctor García como fotógrafo, serían los colaboradores estrella del suplemento en el terreno de la gráfica; se les puede considerar *los colaboradores oficiales* en su materia.³² Parte fundamental en la obra de ambos dibujantes, en cantidades ingentes, se encuentra en las páginas de *México en la Cultura*, a la espera de la hora de su rescate.

La crítica de artes plásticas, de teatro, de filosofía, de poesía, de historia, las ilustraciones, la fotografía y los adelantos de obras de narrativa merecen un comentario amplio por tema; lamentablemente, por economía del trabajo y la necesidad de enfocarse en el tema central de este libro, esto es, la crítica literaria, revisaremos enseguida y antes de terminar este apartado uno de los aspectos centrales del suplemento, sobre todo en sus últimos años: la entrevista.

³² Se pueden encontrar trabajos de muchos más, naturalmente, como de *El Chango* García Cabral, y grabadores del Taller de Gráfica Popular, pero, comparada con la de Alberto Beltrán y Elvira Gascón, la obra de todos ellos es escasa.

Las entrevistas fueron uno de los pilares más sólidos sobre los que descansó el suplemento, y sus dos figuras estelares fueron Elena Poniatowska y Emmanuel Carballo, en su doble tarea de entrevistador y crítico literario. Varios colaboradores más publicaron entrevistas, como Rosa Castro y Raquel Tibol, pero son incomparables, al menos por su cantidad, con las de Poniatowska y Carballo. Poniatowska entrevistó a escritores, científicos, políticos, pintores, etcétera. Carballo se enfocó principalmente en escritores y son proverbiales sus entrevistas, entre muchas otras, a Salvador Novo, Alfonso Reyes, Julio Torri, Juan José Arreola, Agustín Yáñez, Artemio de Valle-Arizpe y José Vasconcelos, quien charló con Carballo unos días antes de morir, furibundo, como solía ser, pero acaso más enfático. Muy probablemente haya sido Carballo el último periodista con quien habló y el último con quien Vasconcelos se tomó unos tragos, durante aquella charla. A los familiares les disgustó aquello de los tragos, cuenta Carballo, y quizás allí terminó aquel encuentro. La entrevista se publicó a escasa una semana del fallecimiento de Vasconcelos. Afortunadamente, Poniatowska y Carballo han rescatado algunas de aquellas entrevistas, ella en *Todo México* y él en *Protagonistas de la literatura mexicana*. Las entrevistas de Carballo son indispensables para entender nuestra literatura de aquellos años y a sus personajes. Es un libro cardinal para el estudio de la literatura mexicana.

Poniatowska llegó a *México en la Cultura* a los 20 años de edad, y allí, gracias a una mezcla de frescura, espontaneidad, candor, honestidad y talento, se hizo periodista. Sus entrevistas son un retrato hablado de ella misma; mejor: un retrato escrito de la jovencita que se entregó exitosamente a una profesión fascinante, en un momento estelar de nuestro periodismo cultural.

Emmanuel Carballo llegó a los 24 años de edad con un magnífico bagaje cultural, dos libros publicados, una pila enorme de libros leídos y asimilados, gran talento crítico y talante personal, una enorme ambición cultural, y allí se hizo crítico a base de honestidad intelectual e ideológica. De ahí la pérdida ocasional de falsos amigos escritores interesados en el elogio antes que en la

amistad. Es uno de los mejores críticos literarios que ha tenido nuestro país, y con dos o tres más compañeros del suplemento, fundador de nuestra crítica literaria periodística contemporánea.

Breve recuento de una larga historia

La maltrecha economía que a mediados de los años cuarenta amenazaba la vida del periódico *Novedades* acaso habría repuntado gracias a las habilidades financieras de su nuevo dueño, Rómulo O'Farrill, pero sin el suplemento *México en la Cultura* el diario jamás habría pasado a ser un referente indispensable en la historia cultural de nuestro país y mucho menos en la de nuestra literatura y crítica literaria periodística. En todo el siglo xx no existió en México un suplemento cultural que por su calidad, nómina de colaboradores y peso específico en el medio cultural se pueda comparar con el de *Novedades*. Con sus innegables méritos en cada caso particular, como el suplemento *sábado*, del diario *unomásuno*, cuando lo fundó y dirigió Benítez y luego Huberto Batis, o *La Cultura en México*, de la revista *Siempre!*, de los años sesenta, setenta y ochenta, todos los demás suplementos, hasta nuestros días en que los pocos que hay chapalean en la mediocridad, todos, sin excepción, provienen de *México en la Cultura*, de su propuesta editorial y cultural. Ése es mérito absoluto de Fernando Benítez como aglutinador y líder de un grupo de colaboradores, inigualable desde entonces. Los mejores escritores de su época, y muchos de nuestros días, allí se iniciaron. Desde las páginas de *México en la Cultura* se renovó no sólo el diseño artístico de la prensa diaria, también nuestra literatura, la cultura mexicana, la crítica de artes, teatral, de cine y, sobre todas ellas, la crítica literaria. El suplemento dio origen al periodismo cultural del siglo xx en México. Hay un antes y un después de *México en la Cultura*: antes están los intentos, los titubeos, los buenos propósitos. Después, los demás suplementos culturales. El suplemento *México en la Cultura* es el mejor testimonio periodístico con que podemos contar para

conocer la historia cultural de su época y explicarnos la etapa que siguió. Pueden y deben estudiarse sus antecedentes históricos y la etapa posterior, pero si se quiere conocer y disfrutar hoy el cogollo, el corazón, el ojo de agua, hay que ir a las deterioradas páginas de algunas de las pocas e incompletas colecciones que todavía quedan. Como un texto de domingo, están allí, por ejemplo, "El prodigioso miligramo" y "El guardagujas", de Arreola; "Carta a mi otro yo", de Alfonso Reyes; "El día del derrumbe", de Juan Rulfo; "La casa de Asterión", de Borges; "La cortina de nopal", el texto de Cuevas que modificó la concepción del arte mexicano. También están las primeras reseñas críticas de *El Llano en llamas*, *Pedro Páramo* y *La región más transparente*; decenas de reseñas críticas de Alí Chumacero; el deslumbramiento de Edmundo Valadés frente a las páginas de *El Llano en llamas*, o el de Rosario Castellanos cuando leyó *Benzulul*, de un jovencito de 22 años llamado Eraclio Zepeda, que con su primer libro de relatos, y a tan temprana edad, colaboró para renovar nuestra literatura indigenista; como también está la bienvenida al grupo de cinco jóvenes poetas, hoy dispersos por razones extra literarias, llamado La Espiga Amotinada, de quienes dijo el Nobel español Vicente Aleixandre, quien les prologó su primer libro: "pocos testimonios tan abultados y eficientes como *La espiga amotinada* y sus distintos poetas. Cada uno diferente".³³ "Los infantes de Aragón, qué se hicieron", diría Manrique.

En el terreno de los sucesos memorables, está en las páginas del suplemento el acalorado debate que suscitó la segunda edición, en 1959, de *El laberinto de la soledad* (1950), y la acusación de que Paz había plagiado a Samuel Ramos su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, de 1934; el reclamo de Paz por haberle dado espacio a la crítica de Carballo, donde hace la denuncia; la participación, sin invitación, dijo él mismo, de Salazar Mallén, en contra de Paz; como también la

³³ Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley, Jaime Labastida, Juan Bañuelos y Oscar Oliva.

réplica de Carballo. La traducción al español de *El Principito*, de Saint-Exupéry, hecha por Luis Villoro, quizá la primera que se hizo en México. En fin, la lista es casi inagotable, son más de cinco mil páginas de periódico ahítas de colaboraciones que no tienen desperdicio y un sinnúmero de textos históricos para nuestras letras y la crítica que están a la espera del golpe definitivo del deterioro material, que pronto llegará, y la irrevocable traición de la memoria colectiva.

El suplemento le habrá cambiado la vida a muchos intelectuales, para bien sin duda. Elena Poniatowska nos dijo que fue allí donde se formó, que es lo que es gracias a *México en la Cultura*. Más enfático, Vicente Rojo nos comentó no poder imaginar lo que sería de no haber pasado por el inolvidable suplemento de *Novedades*. Con otras palabras Emmanuel Carballo nos dijo lo mismo, pero agregó que modificaría de aquellos días el ser tan elitistas, "nuestro elitismo, en última instancia, además de hipócrita, pecaba de aldeano. Los grupos cerrados se convierten al correr del tiempo en parodias pesimistas"; también modificaría, dijo, "el compromiso con las demandas sociales, en ese sentido, le fallamos a la gente". Como sea, no parece exagerado afirmar que *México en la Cultura*, al cambiar tantas cosas entre sus lectores, relacionadas con las artes, el debate ideológico y la libertad de expresión, también cambió a México.

En párrafos que rebosan júbilo, por la preparación del número 500, que apareció el 12 de octubre de 1958, Henrique González Casanova contó en su columna "Autores y libros" cómo transcurría un día de trabajo en las oficinas del suplemento:

Detrás de un escritorio, una especie de pirámide de libros y cuartillas, Vicente Rojo: el director artístico de este semanario [...] Comienza a sonar el teléfono: Fernando Benítez, radiante, responde a gritos (se enteran los que van en el elevador) y con profundo aire de satisfacción anuncia: "Esta semana, hermanito, tendremos una primera plana magnífica" [...] Comienza la redacción a animarse: Lourdes Chumacero llega a entregar la colaboración de Alí, con unas niñas preciosas que la acompañan [...] Elena Poniatowska, con su

cara de ángel de Chucho Reyes, llena de papeles, apenas se pone a escribir uno de sus reportajes tan chispas que hacen temblar a México y sus alrededores. Muy serio, Emmanuel Carballo, autor de magníficas entrevistas [...] De repente, interrumpe algún desconocido y, tímidamente, se acerca a Fernando Benítez y le entrega unas cuartillas. El desconocido siempre habla en voz baja, el director siempre habla en voz muy alta. El que habla en voz baja es un colaborador espontáneo, nadie lo conoce aún, pero quisiera que se publicara un escrito... Algunas de estas colaboraciones, es inevitable, van a dar a una gaveta en donde duermen el sueño de los justos también algunos de nuestros trabajos. Otras, se publican, el colaborador espontáneo regresa, habla en voz alta, interviene en las discusiones y un día fulmina a todos. Así se comienza en esta vida. Van y vienen. Dejan algunos lo que un día será parte de su obra más importante. León Felipe, Alfonso Reyes, Alfonso Caso, Octavio Paz y tantos otros, han dado a *México en la Cultura* muchas páginas que quizás ahora no se consideren fundamentales, pero que algún día alguien, en una hemeroteca descubrirá con júbilo: "¡Un escrito desconocido de fulano, escrito en el siglo xx! ¡Se adelantó a su época, qué visión tenía, etcétera!" Recientemente aparecieron dos sombras que dialogaban, y el diálogo tuvo resonancia. Los caballeros sombras se desvanecieron y se animaron en Carlos Fuentes y Jaime García Terrés [...] A veces llega León Felipe, se mesa la barba que ha sustituido a su melena, e inquiere y charla con la pasión de siempre, la luz quebrándose en ráfagas en sus ojos taladrantes de niño exaltado, mientras enarbola su bastón y su tierna sonrisa [...] El teléfono sigue repicando, el cuarto se llena de humo. Muchos grupos en varios rincones. Se oyen palabras raras que caen desde el teléfono en las varias conversaciones: "Angelito —*enchanté madame*, —perros miserables —sí mi cielo— ya ni la amuelan".³⁴

³⁴ Núm. 500, México, 12 de octubre de 1958, p. 8. La expresión de González Casanova: "sombras que dialogaban", se refiere a la columna "Diálogo de sombras" que escribían Fuentes y García Terrés.

El mismo González Casanova recuerda en otra parte de la columna de aquel día:

México en la Cultura se planeó en un café; lo concibieron Fernando Benítez y Miguel Prieto, llamaron a un grupo de amigos y decidieron hacerlo; entre aquellos amigos recuerdo a Leopoldo Zea, Alí Chumacero, Miguel Guardia. Alguien dijo: "haremos un solo número, si no podemos hacer más, pero será excelente".

Hicieron 665 números, durante casi 13 años. Muchos de ellos fueron excelentes.

Actualmente, cuando a veces les negamos el recuerdo a los parientes viejos, es bueno ver de nuevo aquellas fotos ajadas por la edad para no olvidar que todo tiene su paternidad. En el tiempo nuevo de aquellas mujeres y hombres de los cincuenta, en la vorágine juvenil de sus deslumbramientos y genialidades, *bajo la clara sombra* de quienes fueron sus mayores, se fundó nuestro tiempo. Hoy nos parece que aquellos años transcurrieron presurosos.

En *México en la Cultura (1949-1961)*, Víctor Manuel Camposeco reúne de nueva cuenta a Fernando Benítez con relevantes personajes de la cultura nacional que incursionaron en el periodismo y adquirieron especializaciones en una época de gran auge. Es a través de “México al filo del medio siglo xx”, “La prensa cultural”, “La crítica literaria periodística”, “El suplemento *México en la Cultura*”, “La crítica literaria en *México en la Cultura*” y “La salida de Fernando Benítez” que se recapitula la historia de la publicación —con este tipo de contenido— más importante del siglo XX mexicano, que fundó y dirigió el propio Benítez en 1949.

Semana a semana, aparecía inserta en el periódico *Novedades* con textos, principalmente sobre literatura, de Alfonso Reyes, Octavio Paz y muchas promesas confirmadas que, entonces, firmaban como José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Carlos Valdés, Emmanuel Carballo, Salvador Reyes Nevárez, Elena Poniatowska y otros destacados críticos y reseñistas de las artes plásticas, de música y de cine, como Héctor Azar, Juan García Ponce, Jomi García Ascot y Juan Vicente Melo. El diseño gráfico fue obra de un maestro y uno de sus discípulos: Miguel Prieto y Vicente Rojo, que, acaso sin saberlo, fundaban una escuela en ese campo.

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

ISBN: 978-607-8423-75-0

